

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 28 de Julio de 1898

Núm. 401



— ¿Todo perdido? ¡Quiál Que lo dejen de mi cuenta y veremos.



¡Oh juventud!

Primavera de la vida.

Primavera, sí, bien dice el poeta italiano; primavera: perfumes, aire tibio, horizontes de luz, alegría de vivir. Dios, el gran Dios, juventud eternal, púsola en nuestro sér para que no se agotasen las energías humanas en el áspero sendero de la abrumadora regeneración, y fuese más suave la lucha. ¡Qué torpes los que desoyen la voz de la Naturaleza, que habla á gritos para que no se excusen en el cumplimiento de sus mandatos ni los sordos!

* * *

Recuerdo vivo guardo de cierta tarde hermosa de primavera; había mucha luz en el horizonte, mucha poesía en mi alma. Cuadro: á la espalda, lejanía adorable de las montañas azules con sus picachos agudos; á los pies, mar dormido, ¡tan dormido! no he visto mar que tenga sueño tan dulce: claro como el espejo, sin que le altere la más suave ondulación.

Hábame recostado yo sobre las piedrecillas de la playa... y allá iban mis imaginaciones: agua adentro, adentro; cielo arriba, arriba, caminito de la inmensidad. Llegó hasta mí un viejo, que andaba, andaba, apoyando su cansancio y su tristeza en bastón nudoso.

—Joven — me dijo — Dios te guarde de mal.

—Viejo, padre mío — repuse — tu compañía me es grata. Siéntate y cuéntame alguna historia de tu vida.

—¡Oh! ¿Tú amas las enseñanzas de los viejos? ¿A ti no te asusta la ancianidad?

—La ancianidad es como el árbol centenario que da sombra.

El viejo contestó, sentándose:

—Me pides una historia, y como me tratas con amor y con respeto, voy á corresponderte. Escucha. Había un joven que, sintiendo en sus venas la pujanza de la sangre, se entregó á todos los delirios de la edad. Hostigadas las pasiones por los continuos latigazos de los nervios, desatáronse violentamente, y su empuje de huracán rindió de allí á poco todas las energías del cuerpo y todos los alientos del alma. Como el joven no había tenido más ocupación que el placer, llegó prematuramente é la edad madura, ocioso, sin ideal.

Cansado de la vida, andaba por el mundo, corriendo siempre, arrastrado por la cadena de las distracciones: pero ya eran insaciables esas señoras. ¿Y sabes tú por qué?

—Nó.

—Por esto, sólo por esto: porque todas las cosas grandes de la vida las había tomado por el lado más pequeño, miserable y ruin.

—No lo he comprendido, viejo.

—Ahora verás. Aburrido, triste, llegó el joven á la crisis de su existencia, y pesándole su dolor como si llevase sobre sus espaldas un mundo, pensó...

—Matarse.

—Matarse, sí; pero sábetelo joven, que la muerte no aniquila: que no acaban con ella más que los padecimientos y más fuertes se levantan en el sér todas sus angustias. ¿Lo entiendes?

—El alma se lleva á la eternidad la expiación de sus errores.

—El castigo no es eterno, pero sí horriblemente doloroso. Pues bien, cuando iba á matarse mi héroe, encontró á un viejo que, enterado de sus cuitas, le dijo: — Has tenido fuerzas para conservarte: el amor, la amistad, la nobleza: ¿qué uso hicistes? Dios ha puesto todo eso en la juventud para el bien: lo empleastes para el mal, y por eso te burlaron los hombres y las mujeres, y cayó tu naturaleza en la podredumbre que seca y agosta. No te mates, pero te advierto que tu vida, ya no es vida; que lo único que puedes hacer es anticiparte á la muerte para tu regeneración. — ¡Quiero vivir! expresó el joven. — ¿Vivir? añadió el viejo; fuera de la juventud no hay vida, y yo te digo, que cuando el hombre ha empleado bien sus facultades y sus sentimientos, envejece por la edad, por el desgaste de sus fuerzas físicas, pero no por otra cosa. Como el alma es eterna, el corazón puede ser perdurablemente joven. Ahí está el secreto de nuestro sér.

* * *

Siendo niño aún, era joven yo. Joven soy todavía y creo que Dios me conservará hasta última hora esa juventud que en el corazón reverdece cuando se sabe amar y sentir. Todos llevamos en nuestro sér la fierecilla del mal; para vencerla no hay más que dejar que la voluntad ejerza su dominio sobre los nervios.

Atravesamos una época difícil, y el apólogo de mi viejo que me ha servido á mí en la vida, puede servir á mi época, á mi sociedad. Por eso lo conté. La juventud es la que ha de redimirnos, la que ha de salvarnos. ¡Si todos sintieran su fuerza como la siento yo! ¡Si todos la amasen viendo en esa juventud los movimientos graciosos del niño y la fuerza viril del entusiasmo en sus ideas!

Yo amo la juventud y de buena gana extendería los brazos, como Cristo á sus criaturas, diciendo: Venid á mí, jóvenes, y no olvidéis que juventud es promesa, como dijo Lamartine.

J. F. Luján



La mariposa blanca

La he visto siempre en mis mayores males
venir alegre á serenar mi alma;
sobre mí siento que estremece móvil
sus cortas alas.

Me trae perfumes de jardines frescos,
rumor de nidos y murmullo de aguas,
y vibra el aire con un ritmo de hojas
cuando ella pasa.

La caprichosa de volar oblicuo
me da consejos de prudencia humana,
me enseña alegre á recorrer la tierra
siempre con gracia.

Si alguna hermosa mis palabras oye
ella, acentuando mis palabras, pasa;
mis libros serios con el polvo cubre
de sus dos alas...

Y dueña alegre de mi pobre espíritu
me va siguiendo por doquiera vaya:
nunca á la cita que, al nacer, nos dimos
¡ella me falta!

¡Oh, que no pasen para mí los años,
chispita de oro coronada de alas!
¡Qué de mí nunca te contemple lejos
juventud mía, mariposa blanca!

E. MARQUINA



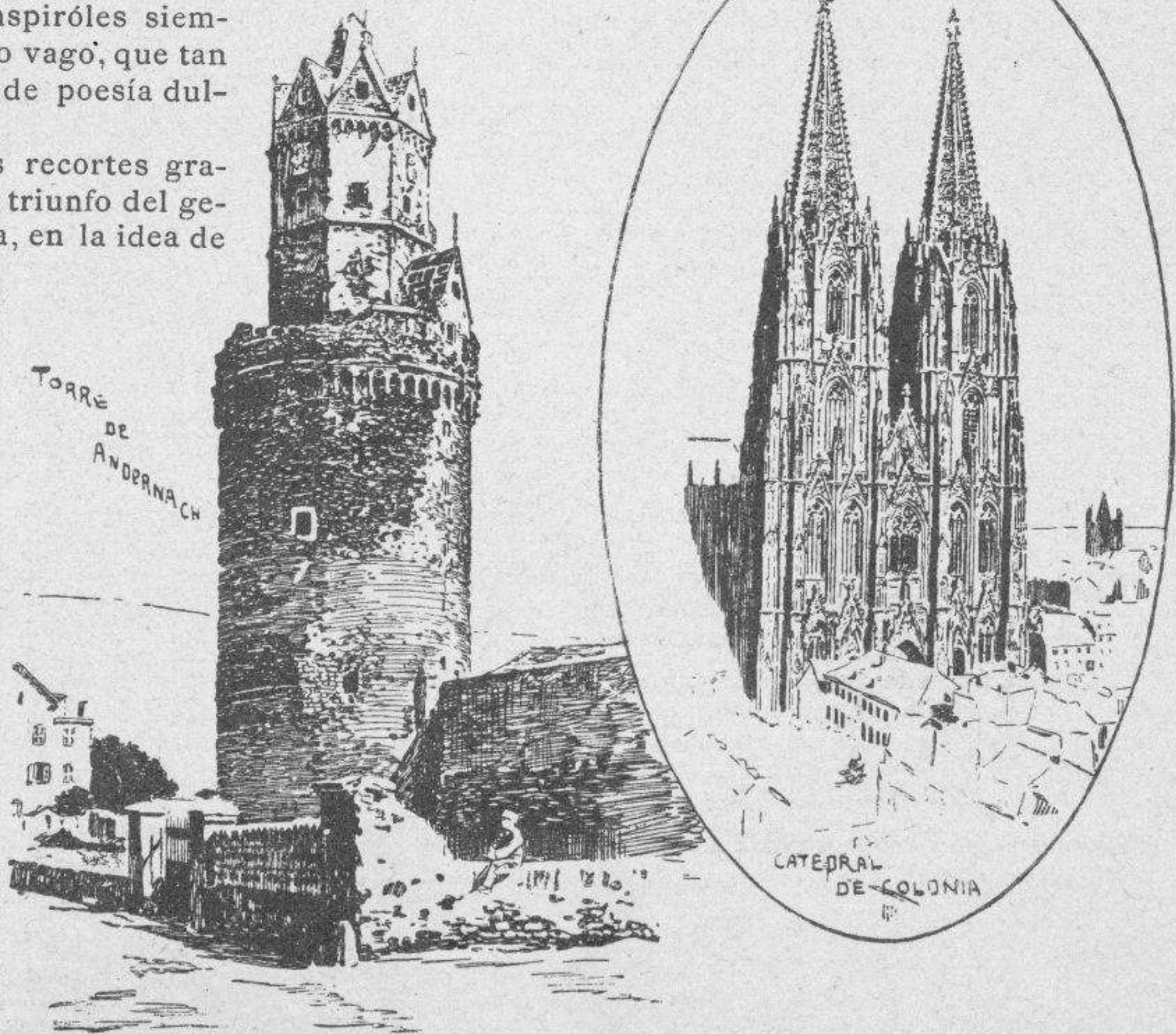
Las torres

No quiero meterme en rasgos de erudición empalagosa; al fin y al cabo las torres que tengo delante son sobradamente conocidas, por sus rarezas unas, por la sobriedad ó por la hermosura de su estilo otras, y las más por hallarse asociadas á los recuerdos gloriosos y á la fantasía de la leyenda popular, tan rica en los meridionales.

Las torres tienen no sé qué grandeza sencilla, quizás porque son símbolo del atrevimiento humano que batalla por escalar las alturas y por descubrir lo infinito. En tiempos oscuros dieron pábulo á los enredos y á las alucinaciones de la patraña; y á las almas sencillas inspiróles siempre cierto sentimiento vago, que tan bien tradujo Trueba, de poesía dulce y melancólica.

Completaron esos recortes graciosos del espacio el triunfo del genio de la arquitectura, en la idea de la piedra aplicada á las viejas catedrales. En Alemania, en casi todo el Norte, servía de fiesta, de alto galardón para el maestro de las obras poder subir á lo alto de la torre, al remate de la cúpula á clavar su bandera. El pueblo se reunía en la plaza y se desataba en vítores. Era el aplauso de la entrada del *Hombre* en lo imposible, en lo ideal.

A todos nos admiran esas moles, dando inconciente-



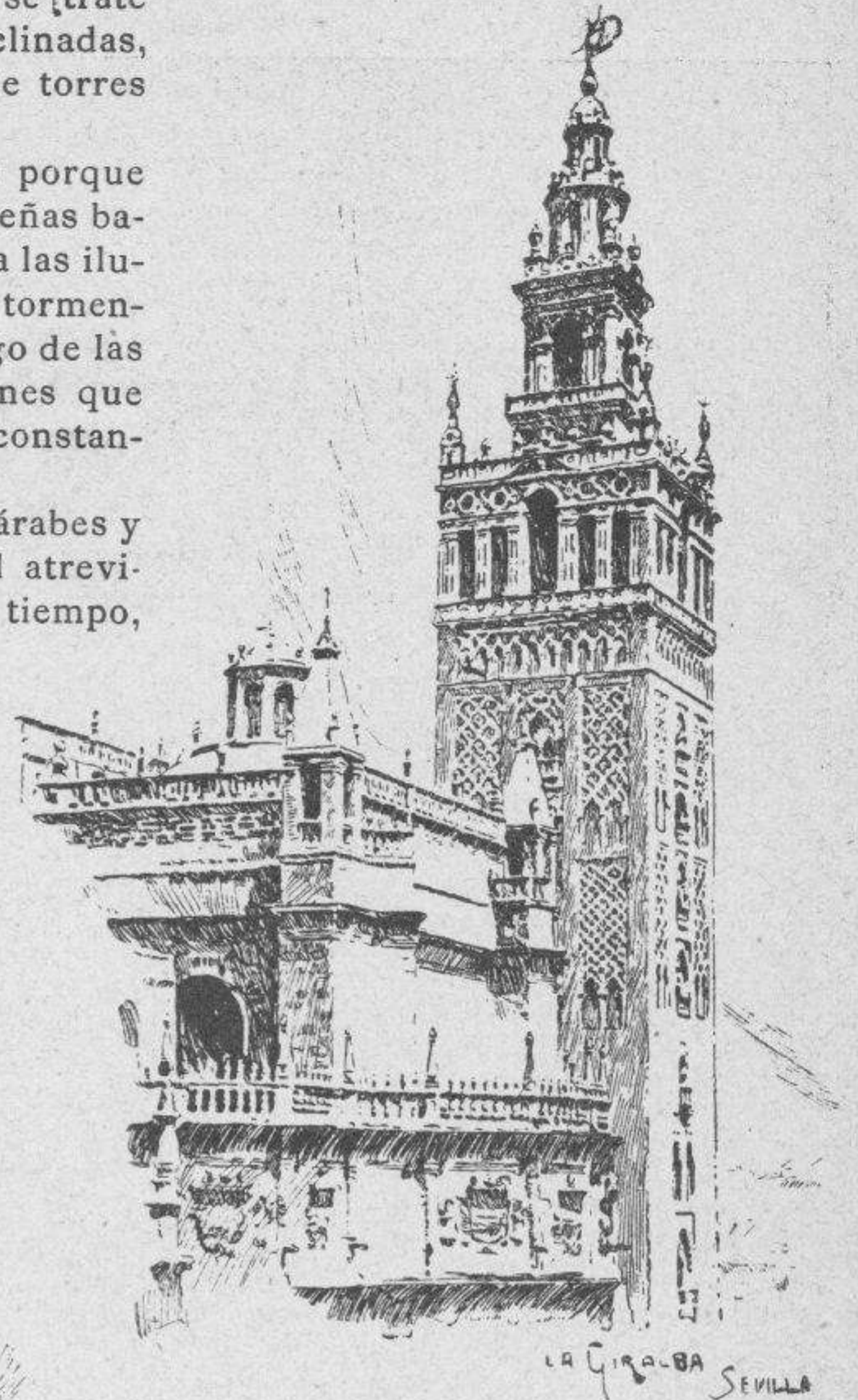
mente nuestro elogio á la solidez de la construcción, ya se trate de torres redondas, como la de Windsor, de torres inclinadas, como la célebre de Pisa ó la derruida de Zaragoza, ya de torres rematadas en agujas, como las de la catedral de Burgos.

A todos nos seducen sin darnos cuenta de ello; y es porque con su gallardía, nos traen á la mente las imágenes risueñas bañadas de azul y el osado y frío reto á la inmensidad, ora las ilumine la luz del sol, ora tengan que sufrir las iras de las tormentas. Agarradas sólidamente á la tierra, desafían el vértigo de las alturas. Así es también nuestro sér: mezcla de sensaciones que nos atan al mundo y de pensamientos que nos impulsan constantemente á volar, como avejillas libres, fuera de él.

Las torres han unido, sobre todo para los pueblos árabes y para los pueblos cristianos, con admirable destreza el atrevimiento de la poesía con el sentir religioso. Andando el tiempo, ¿quién sabe lo que ocurrirá? Si las torres inclinadas se sostienen por un prodigio en la determinación del centro de gravedad, ¿podrá conservarse siempre ese centro en la arquitectura moral proclamada hasta ahora como única, indiscutible, que corre peligro de agotarse, y que aprovecharon los espíritus fervorosos, místicos, para construir su mundo?

Yo creo una cosa: que en este tejer humano en la urdimbre de la perfección, el hombre que no despeja nunca la equis, la gran equis, seguirá levantando torres, torres ideales, que le ayuden en su deseo á forjar la ilusión de] que penetra en los secretos de la luz, en las grandezas de lo infinito. }

CLAUDIO UGENA



Cercada de naranjos
y limoneros,
tiene aromas sublimes
del mismo cielo;
por eso el árabe
fué soñador, poeta,
gloria del arte.

Con sus pobres ladrillos
y su argamasa
hizo la obra gigante
de la Giralda,
hermosa, esbelta,
creación vigorosa
de gran poeta.

Ya la Torre del Oro,
junto á su río,
anuncia que es el germen
de arte divino;
sublime y grande,
Sevilla es la más bella
de las ciudades.

Por eso de ella lejos,
triste suspiro,
que es Sevilla del arte
precioso nido;
tierra de amores,
siempre risueña y siempre
potente y joven.

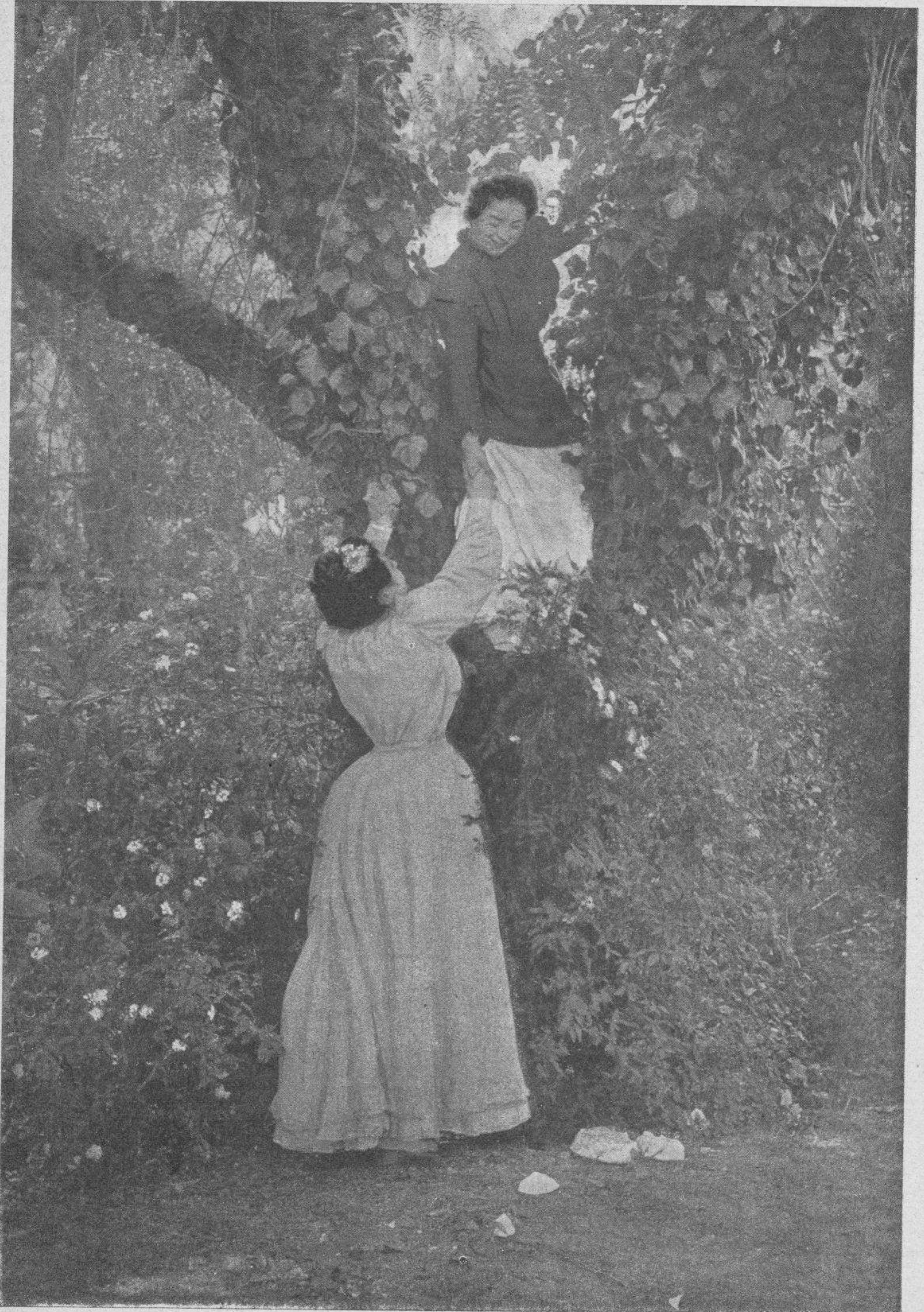
RUILOP



Sevilla

Es Sevilla la tierra
de mis amores,
porque está alegre siempre
y es siempre joven.
Pasan los siglos
y continúa siendo
de amores nido.

BUSCANDO NIDOS



¡ Cuidado, que siempre es peligrosa para nosotras la caída!



Las pedreas

INTRODUCCIÓN

No sé si lo he pensado y en este continuo cavilar de mi imaginación quedaría la idea rezagada, oculta; también pudo ocurrir que lo oyese, que lo cazase al vuelo: lo seguro es que no razonaría más discretamente cualquier filósofo: nuestros males, nuestras desgracias vienen de que nos falta dialéctica *intelectual*, muda, reflexiva; de que nos falta lógica, de que no *somos* muy ilustrados. Domina el corazón y no gobierna el cerebro.

Así se ha vivido en España mucho tiempo; y así los españoles pusieron tantas picas en Flandes, pero tantas, y con tan maravilloso tesón en todos los arroyos y valentías que ha hecho de este pueblo una raza de titanes, de hé-

roes, ofreciendo en toda coyuntura al mundo asombrado el libro de oro de las leyendas.

Pero ¡ay! la tradición muere; la tradición arranca de las negruras medioevales, y el progreso, que es luz, apaga de golpe las tinieblas de los arranques viriles. Para no ser arrollados los pueblos en este singular combate de la cultura tienen que erguirse, llevar en su organismo caduco los alientos potentes del alma nueva, y cernerse en el ideal arrebatado por las alas de la «mariposa blanca», como dice mi amigo Marquina; de la juventud.

Antes tocaba á ser valientes, ahora nó; ahora toca á ser ilustrados. La prueba de que por valerosos hemos podido ser ciclopes está en las mismas costumbres. En otra época la brega con los toros y

El tronco carcomido.

las pedreas al aire libre constituían dos típicas costumbres, bárbaras si se quiere, que nos ayudaban á ser esforzados, temerarios, locos para el desprecio de todo peligro.

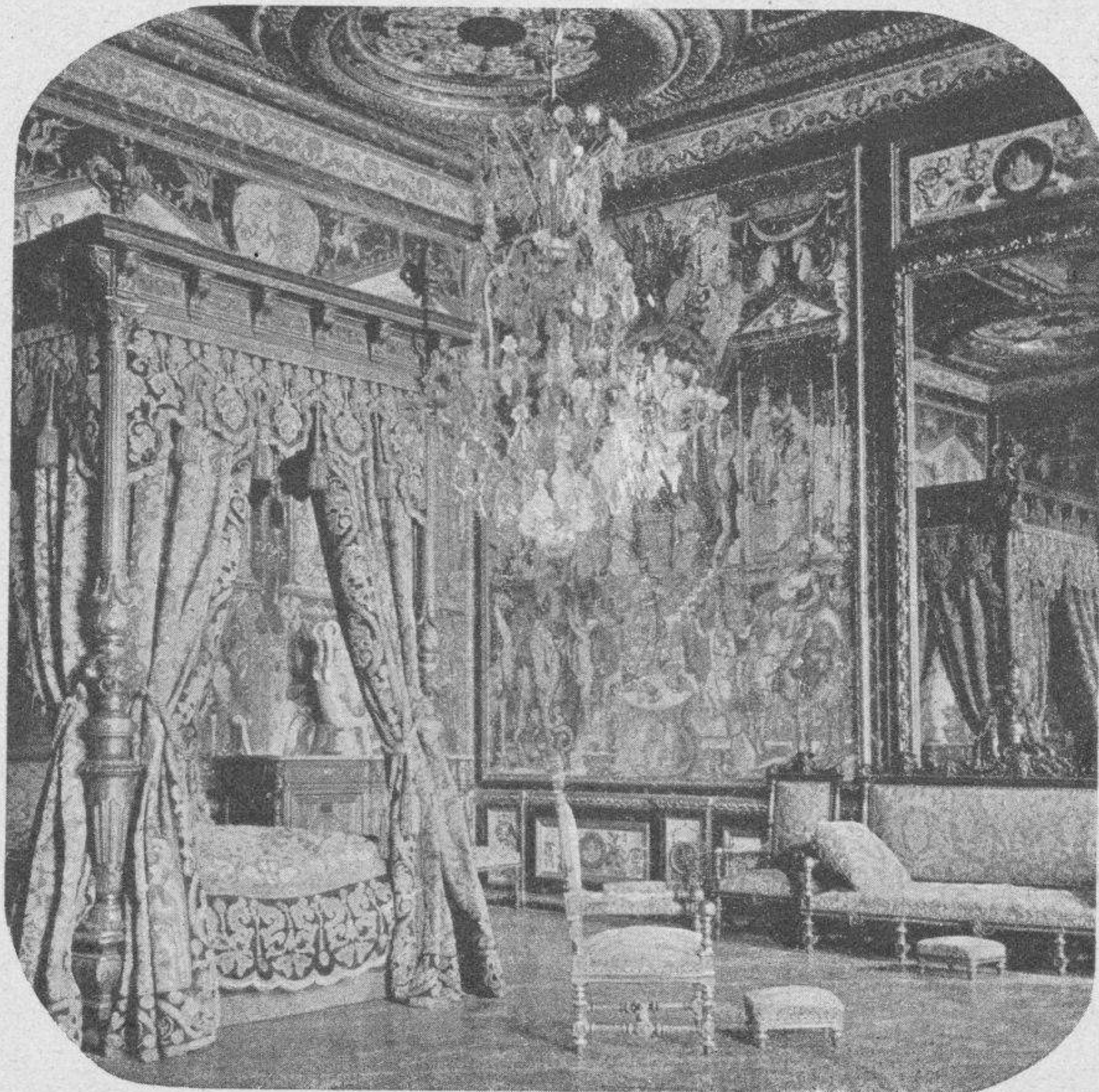
Recuerdo perfectamente, aunque en tal ocasión era yo muy niño, las postrimerías de la última guerra civil, y recordándolo se me reproducen en la memoria aquellas patrullas de zagalones, divididas en bandos de carlistas y liberales, que en los caminos de Gandía, á la sombra de unos muros, se atacaban como si fuesen beligerantes de verdad.

Mi abuelo me ha contado luchas bárbaras de los mozos de su tiempo representando á los catalanes de Prim y á los ejércitos marroquies, que con sable de madera al cinto, con fusiles de caña, simulaban los combates librados en el suelo de Africa, hasta acometerse con cuchillos y con pistolas. No habrá quien no pueda referir anécdotas tales. De ayer son aún las pedreas, porque el gusto y la costumbre de reñir estaban vivos en nuestro sér; reñían, aquí en Barcelona, más allá de lo que hoy es plaza de Cataluña, estudiantes y obreros; reñían en casi todas las poblaciones los señoritos y los humildes; los de la ciudad y los del campo. En muchos pueblos existían verdaderos cantones y era peligroso que los de uno de ellos se aventurasen por los dominios de los rivales. Pereda ha descrito la pugna de los jóvenes de arriba con los jóvenes de abajo, y si antiguamente estas peleas sobrevenían por pujos de amor entre los que iban en grupos á rondar las calles, ofreciendo á las mozas serenatas alegres aun hoy suele notarse cierta inclinación á tan legendarios celos en los muchachos que se divierten preparando fiestas y bailes.

Es un mundo, en fin, que se va, que se nos escapa de las manos, y que si en otra época nos dió ocasión á ganar brillantes laureles de gloria, peleando con todo bicho viviente, en las postrimerías de este siglo nos ha expuesto á tristes equivocaciones, á nunca imaginados desastres.

Por eso, porque huye con tantas otras cosas tradicionales, y porque al huir deja terrible señal de su paso entre nosotros, me ha parecido curioso recordar algunos episodios de las pedreas que convienen á todos: lo mismo á castellanos que á catalanes, á los de Andalucía y á los de Valencia, á los aragoneses y á los mallorquines.

Poniéndolo en forma novelesca, agradariame llegar á la conclusión con esta provechosa enseñanza: que han concluído los tiempos bárbaros y que debemos trabajar por regenerarnos,



Alcoba de Catalina de Médicis. Palacio de Fontainebleau.

logrando que ahora los que distraían el ocio en las pedreas, lo aprovechen ilustrándose, leyendo.

Lo he oído decir á muchos, en corrillos, donde antes no se hablaban más que frases gordas, de ira, de burla, ó de protesta; lo he oído en los círculos, en las tertulias: «es necesario pensar más, saber más». Y se pregonaba ya á gritos, rindiéndose á la certidumbre de que ha dado muchas vueltas el mundo desde que para reñir y triunfar bastaba con tener mucha sangre en las venas y mucha rabia en el corazón.

Contra los cañones nada pueden ya las hondas; inutilicemos los cañones con otra arma poderosísima: el libro.

Es el triunfo de nuestra juventud.

CLAK



Fantasia del baile.

A los hombres de mañana

¡Oh jóvenes! Los ojos al porvenir volvamos;
somos semilla nueva de los eternos ramos
del árbol de la vida, del árbol del amor;
el porvenir nos legan los hombres del presente;
las huellas ostentamos en la serena frente
del soplo fecundante del Creador.

¡Oh jóvenes! pensemos en nuestro gran destino:
los viejos ya pasaron, ya hicieron su camino,
ya amaron, ya sufrieron, ya pueden descansar.
De dichas y placeres, de lágrimas y afanes
un mundo nos confian; y medita ¡titanes!
que en nuestros hombros lo hemos de llevar.

Con troncos carcomidos empresa es ilusoria
alzar la Babel nueva que llegue hasta la gloria...
¡los secos troncos vayan al fuego destructor!
Marchemos, desprovistos de inútiles escudos,
marchemos, compañeros, á combatir, desnudos
como en el ancho circo el gladiador.

Dejemos los caminos seguidos hasta ahora,
busquemos con ahinco la idea redentora,
la estrella de los magos que el mundo ha de seguir.
Con los antiguos báculos jamás iremos lejos,
no forjaremos nunca con los martillos viejos
la estatua colosal del porvenir.

Las penas serán grandes, las dudas serán muchas:
nos legan un pasado de vergonzosas luchas
que van de la miseria, de la ignorancia en pos:
el término está lejos, la meta está distante...
¡Oh! ¡Démonos las manos y vamos adelante
por el camino que nos marcó Dios!

LUIS DE ZULUETA



Naturaleza.



Ilusión.



Una espera en el *camerino*.

El amigo Juan

Nó, no voy á hablaros del Juan antiguo, de ese Juan que ha sido siempre llevado de ceca en meca, sin consideraciones de ninguna clase, como se trae y se lleva inocente cordero, que no tiene otro remedio que caminar en dirección á la cuerda que le ataron al cuello y de la cual tiran á su antojo los más fuertes que él: ese amigo Juan, de puro sufrido, se ha dejado sacrificar y le sacrificaron, sin escuchar siquiera sus débiles lamentos de cobarde protesta.

Mi Juan es otro: el descendiente, el joven, el que viene con la sonrisa en los labios y la bondad en el corazón á ocupar el puesto del difunto. ¿No le conocéis? Es valiente, sin bravatas ridículas. ¿Enclenque? ¡qué ha de serlo!

Jamás gastó sus potentes energías en francachelas licenciosas, que amenguan la vida, envilecen el corazón y anulan el alma; nó, su cuerpo está virgen, en él no han hecho mella nunca las enfermedades que aquejaron á la pasada generación empequeñeciéndola, devorándola prematuramente, aniquilándola.

El solo vale por todos sus antepasados juntos; tiene plétora de vida y de inteligencia; la naturaleza llena de savias vi-

vificadoras, germen de todo lo grande, ha hecho de él un muchachote hermoso, robusto, potente, gallardo, fornido, vigoroso, y él se ha robustecido más cultivando la inteligencia, porque sentía dentro de sí chispazos luminosos y en su frente ardía la inspiración del genio sublime.

Con el estudio constante ha logrado llegar, si no á la perfección, por lo menos al grado de cultura que se necesita para luchar con ventaja por la regeneración de la humanidad.

Y viene al mundo alegre y decidor, sin sentir pena por lo que se va, como viene la primavera risueña y vigorosa, sin lamentar la muerte del decrepito invierno.

Por muchas que sean sus desgracias; por impropio que sea su trabajo no le veréis nunca bajar la cabeza cobardemente, con desalientos de débil mujer.

Está lleno de fe, esperanza y caridad. Con la primera allanará brioso cuantas dificultades encuentre á su paso; la segunda le dará calma bastante para no gastar energías inútilmente fuera de tiempo, y con la caridad hará de los hombres hermanos y fundirá al mundo en una familia.

Este amigo Juan es la hermosa juventud por cuyas venas circula la generosa sangre, hirviendo á borbotones; la juventud que todo lo alegra y vivifica, y que sabe morir valientemente con la dulce sonrisa en los labios, si ve cercana la gloria, porque tiene la convicción de que los que queden, hermanos suyos, no le regatearán palma y laurel y llorarán emocionados mientras le agradecen su hermoso sacrificio.

R. RUIZ LÓPEZ



Pues por más que diga el empresario, creo que cuanto más delgada más ágil para las piruetas.



Revoltijo de comparsas.



Diario de una casada

(Continuación.)

Julio, 25. — El proceder de Fernando no puede ser más correcto, más irreprochable. Aun cuando continúa siendo mi vecino en la mesa redonda, no trata de aprovecharse de esta circunstancia. Se muestra indiferente, silencioso; tan sólo de cuando en cuando me dirige alguna frase insignificante para ofrecerme los encurtidos, la sal, echarme agua ó vino en la copa. — «¿Usted me permite, señora? — Muchas gracias, caballero. — Señora, no las merezco.» — Y casi nunca pasamos de ahí.

¿Será eso pura corrección de su parte?... ¿O es que el olvido y la indiferencia han entrado ya en su alma?... ¡Ojalá fuera así! Me parece que á tener esta certeza estaría mi corazón más tranquilo. Pero lo dudo; y quizás lo dudo por razones de amor propio. Soy mujer al fin y no hay ninguna que llegue a convencerse voluntariamente de que el hombre que la adoró pueda olvidarla y sentir por ella absoluta indiferencia, cuando no han transcurrido todavía más que tres años desde el día del rompimiento.

Nó, no creo que en Fernando sea sincera esa glacial actitud que observa. Esta noche, después de comer, estábamos todos los bañistas en el salón: la señora de un comerciante extremeño me había cogido por su cuenta y se empeñaba en referirme con todos sus pelos y señales la elaboración de los famosísimos chorizos de su tierra. Como el asunto no me interesaba gran cosa, dejaba errar mis miradas por uno y otro lado. De pronto, al fijarlas en un rincón, he visto á Fernando que, sentado en una butaquita, no me quitaba los ojos de encima. Y me miraba con expresión tan intensa, que me he sentido turbada hasta lo íntimo de mi alma.

Le voy á decir á Pepe que nos marchemos, he pensado luego; buscaré un pretexto cualquiera para decidirle; le diré que me fastidia demasiado, que el aburrimiento me pone enferma.

Al levantarme de mi asiento para reunirme al grupo formado por el general, mi ma-



Esto es un paraíso sí, pero sin encantos; falta la serpiente.

rido y otros tertulianos, oigo la voz de éste que exclama:

—Es indudable, señores, que esto deja mucho que desear en punto á comodidades; pero conozco que estas aguas me sientan admirablemente y pienso quedarme algunos días más todavía de los reglamentarios.

¿Puedo en conciencia oponerme á los deseos de mi marido, ni contrariar sus planes? Ya que las aguas le sientan tan bien, quedémonos...

Julio, 27. — He permanecido sola toda esta tarde en mi cuarto. Pepe, el general, el ingeniero y el cirujano han emprendido una excursión de algunas horas hacia unas cavernas muy curiosas que se encuentran á unas dos leguas. He pretextado una jaqueca para evitar la compañía de las demás señoras, cuya conversación me fastidia, y echada en mi mecedora, me he entregado á la lectura del nuevo libro de Pérez Galdós, mi novelista favorito. Pero mi imaginación vagaba

distraída, y me costaba fijarla en la obra á pesar de su interés.

La ventana de mi dormitorio da sobre el jardín del establecimiento. ¿Jardín?... no sé si puede concederse semejante título á un cuadrilátero arenoso, cercado de tapia, en el cual cuatro matorrales, cuatro tiestos de humildes flores, y cuatro raquiticos arbolillos lucen sus tristes y desmedradas galas. En medio del silencio de la tarde he oído crujir la arena bajo las plantas de un paseante: la curiosidad me hace levantar de mi mecedora, y á través de las persianas, echo una ojeada sobre el jardinillo.

Fernando es quien se pasea, solito, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Una vez la levanta y dirige sus ojos hacia mi ventana; me echo hacia atrás, pero luego reflexionando que no puede distinguirme á través de la celosía, vuelvo á mirar y le veo proseguir su melancólico paseo, otra vez su pálida testa, coronada de negros rizos, caída sobre el pecho.

Y mi pensamiento, mis ideas, que la voluntad no sabe ya reprimir en este ins-

tante, se vuelven hacia el pasado tiempo. ¡Cuánto nos quisimos Fernando y yo! ¡Cuántas y cuántas veces nos juramos ternura y fidelidad eternas!

¿Eternas?... Una eternidad de algunos meses. . . ¡Pero qué felices fueron para uno y otro esos meses, á pesar de los obstáculos que veíamos alzarse ante nuestro mutuo cariño! No podíamos vernos y hablarnos más que de tarde en tarde: á veces en la calle, cuando iba á misa con mi doncella; á veces en las reuniones de mi tía Engracia ó de mi prima Juanita. Pero, en cambio, nos escribíamos todos los días.

Y así seguimos hasta el día que habiendo

mis padres olido algo, se decidió Fernando por pedir mi mano.

—Señor mio — le dijo friamente Papá — cuando un hombre no tiene más que el sueldo de teniente, no va á pretender la mano de una señorita que lleva un dote crecido.

Fernando se inclinó ante este fallo durísimo que hería hondamente su dignidad. Me

devolvió mi palabra, me devolvió mis cartas, y aun cuando yo no quería admitir ese sacrificio, él se obstinó en retirarse. «Eres demasiado rica para mi — escribióme en su última carta—y aunque te he amado y te amo con delirio y no podré pensar jamás en otra mujer, el honor me obliga á alejarme. Quiera Dios que encuentres un hombre que te adore como yo he adorado en ti y sepa darte la felicidad que yo ambicionaba darte.»

Guardo estampadas en mi alma estas palabras, como si las hubiesen impreso con caracteres de fuego. ¡Pobre y noble Fernando! Solicitó cambiar de guarnición, y pasado algún tiempo se fué á Cuba.

¡Cómo se presentan á mi mente

los recuerdos de aquellos días, en atropelladas avalanchas! ¡Qué vivos y precisos resucitan! Uno tras otro, los detalles de nuestra amorosa novela se ofrecen á mi imaginación, haciendo brotar á un tiempo de mis labios una sonrisa, de mis ojos una lágrima. Y en tanto palpita en mi alma la remembranza de aquellos días, llega á mis oídos el crujir acompasado de la arena bajo sus pisadas... Las pisadas de un hombre á quien tal vez su destino conduce á una muerte prematura...

Por la copia,

JUAN BUSCÓN

(Continuará.)



Nos vamos á jugar con las olas.



¡ Digo, si tuviéramos alas las mujeres !

Sátiras y azotes

Yo también soy joven, que es como si gritara también tengo ideal.

Sí, lo tengo, hermoso: aspiro á que los que escriben no conviertan su trabajo en obra de albañilería, y que no suenen á campana sus frases, sonoras, pero huecas.

El director de este periódico, muchacho simpático, cree á pies juntillas en el triunfo de la juventud y agrupa en su torno á los jóvenes, con fe de artista y aun creo que de iluminado. Dios quiera que no quede la cosa en fe de mártir: que no juegue á la gallina ciega con la edad. Casi todos los que ha atraído con la sugestión de su afecto son notables, ó por lo menos tienen alma, mucha alma. Pero vamos claros, juguemos limpio...

La generación anterior á la nuestra ha tenido sus jóvenes: verdad luminosísima, aunque comparable á las de Pero Grullo, pues no hubo época que no los tuviese. ¿Y qué? ¿Se me niega que hay jóvenes y jóvenes, y que los que hoy son casi machuchos, ó machuchos del todo, los intermedios, no han servido más que para darnos triste ejemplo de nuestra decadencia intelectual? Jóvenes como el duque de Rivas, «el de la media de seda, que vela empeine y tobillo», ó como Rueda el de los «gusarapos de luz», que pinta con el color de los adjetivos, ó como Nieva, el de las novelillas de verano, relampagueantes; ó como Canalejas, ó como Bosch, ó como Abarzuza, Nó, jóvenes, así nó; porque con jóvenes así no renace el fénix de sus cenizas.

Declaro que he visto chispazos de alto intelectualismo en la otra juventud, la que viene, la nueva; que los signos son de regeneración, propios para el ideal noble que se persigue. Hay que hacer votos porque no se nos malogre. Entonces volverá la poesía como las golondrinas, anunciándonos la primavera; y tendremos filósofos, y artistas y oradores y políticos y todo lo que nos hace falta tener para la inmensa y terrible labor que la Providencia nos señala. Pero es preciso que la planta no se seque, y que la semilla fructifique, y para eso yo digo, que hay que regar, regar mucho.

Y esa tarea del riego, que en símbolo señalo, porque yo á ratos soy simbolista, y que no es otra cosa que el estudio, á nosotros mismos corresponde.

Ya lo sabéis, jóvenes: tenéis vivas aun dos experiencias de juventud: una ha llegado á la sabiduría, la otra no pasó de medianeja; y puesto que Dios ha renovado sus frutos de bendición en nuestras inteligencias... ¡a ver si la cosecha es abundante!

Ahora es cuando más necesita la Nación del talento, para coronar la bendita obra del patriotismo.

TIRON



¡Viva la alegría!

Cañitas

Madre, no me riña usted
porque río y me divierto:
soy joven, y en primavera
los árboles no están secos...

¡Juventud, rayo de sol
que ilumina nuestra vida,
hermosa como la idea
y corta como la dicha...!

Con un largo pedestal
he comparado la vida:
para subir, ¡qué despacio!
para bajar, ¡qué deprisa!...

Primavera de la vida
cuántas veces la bendigo,
es bella cual la esperanza
é inocente como un niño...

Busca la golondrina
calor extraño,
como soy viejo, á ella
me he comparado.
¡Cacho de gloria,
deja que me la preste
tu linda boca!...

J. ENRIQUE DOTRES

ESGRIMA DE ESCOBA, POR XAUDARÓ.

(Á LAS DAMAS)



Primer movimiento.
¡En guardia!

ZOOLOGIA MUJERIL

Ruiseñor.

Tiene el mérito mayor
esta niña en su garganta;
no es muy bella, pero canta
lo mismo que un *ruiseñor*.

Leona.

Guapa, arrogante matrona,
que con afanes prolijos
y majestad de *leona*
ama y defiende á sus hijos.



Segundo movimiento.
¡Espera!

Gata.

Ves gracia, finura, maña
en la *gata*... madrileña;
mas si las uñas te enseña
retírate, porque araña.



Tercer movimiento. — Parada.

Aguila.

Por su lujo sin igual,
su elegancia y sus blasones,
es el *águila* real
en teatros y salones.

Perra.

Me contesta si la llamo,
me sigue constantemente,
(que es mansa, fiel, obediente)
como la *perra* á su amo.

Tórtola.

Bella *tórtola* doliente,
llora y gime en su viudez,
pero llora porque siente
¡ay! no casarse otra vez.

Mona.

Agil, flexible, bonita,
sus bellezas acomoda
al capricho de la moda,
que con *monadas* imita.

Vaca.

Su gran mole se destaca
de entre la rústica grey:
Dios me libre de una *vaca*,
por si quiere hacerme buey.

Mariposa.

Voluble, leve, graciosa,
de variados colores,
muda, cual la *mariposa*.
de sitio, trajes y amores

Sardina.

Con el bañador azul,
flexible, delgada, fina,
parece, entre el blanco tul
de la espuma, una *sardina*

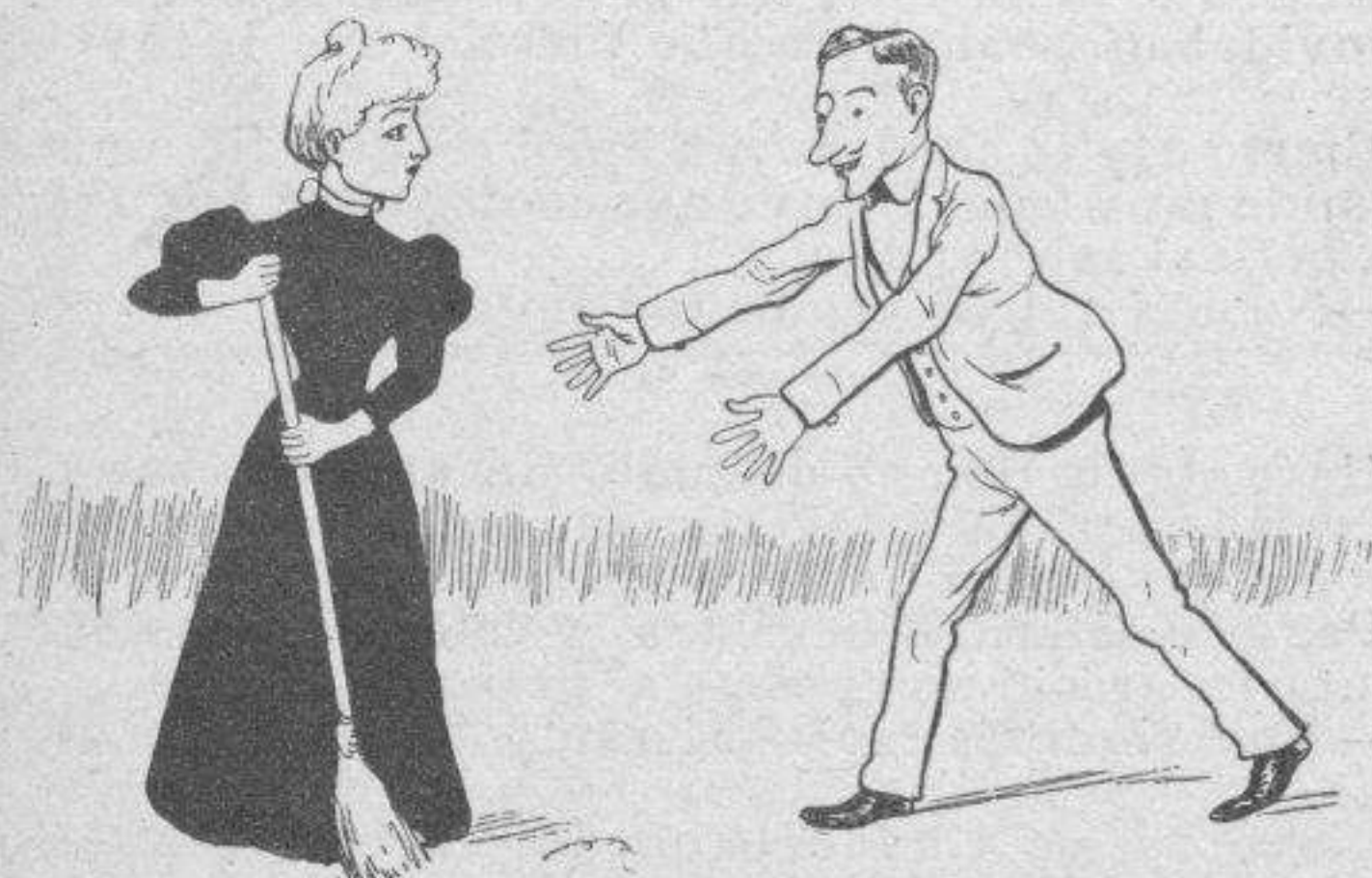
Mosca.

No es amor su afán cruel:
sólo en besarlo se ocupa;
porque es *mosca* que le chupa
toda su sangre y su miel.

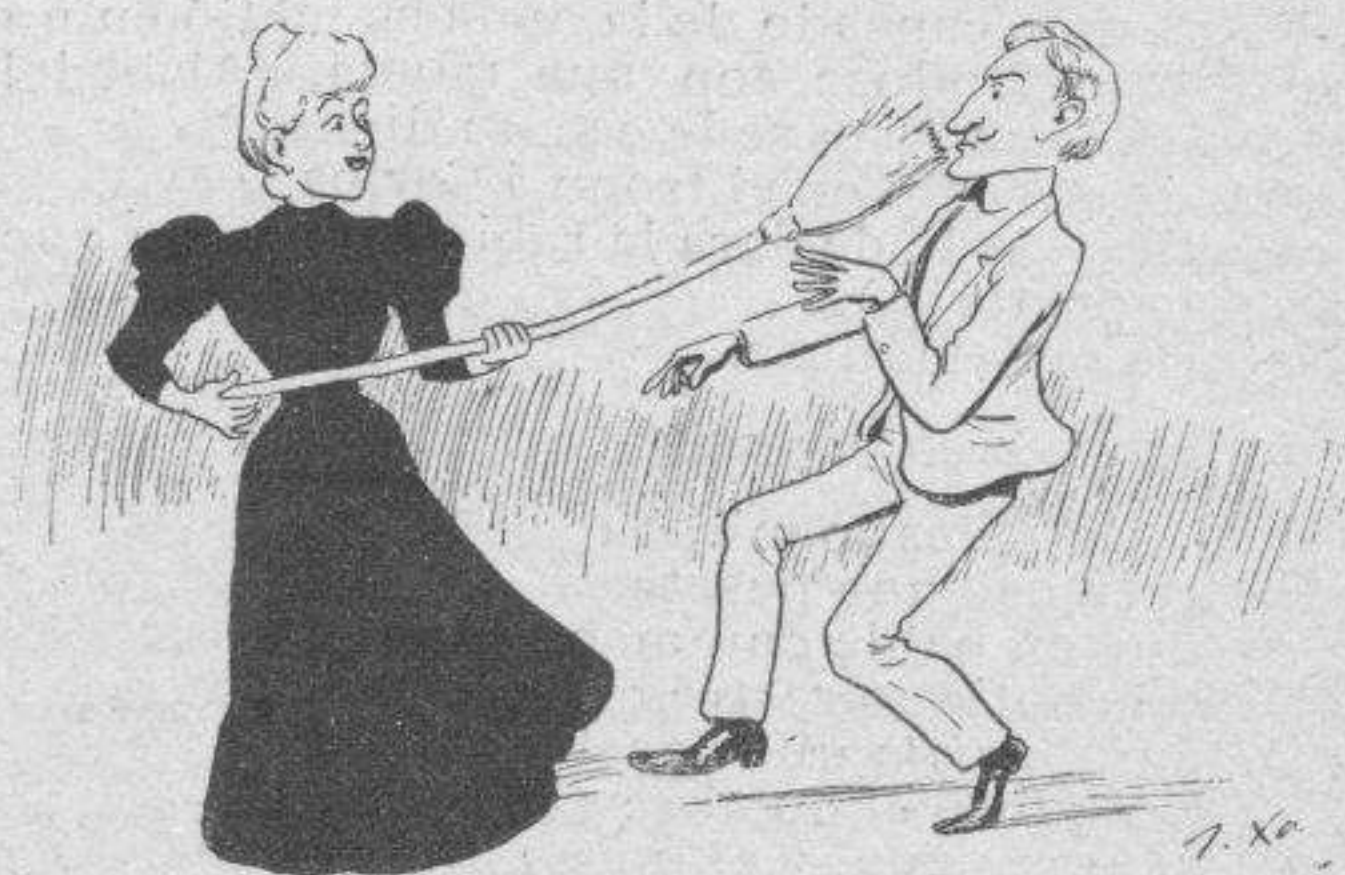
Murciélago.

¿Nos repugna ó nos asombra?
¿Con miedo va ó con placer?
¿Busca la luz ó la sombra?
¿Es *murciélago* ó mujer?

JUAN GARCIA



Cuarto movimiento. — A la defensiva.



Quinto movimiento. — ¡A fondo!



Milord X... viejo y feo, pero rico, casó con una linda joven a quien apenas conocía, condenada por sus parientes á esta unión. Ya en el altar, sintiendo el lord temblar en la suya la mano de su prometida:

—¿Por qué tembláis? La dijo.

—Y vos, milord, respondió: ¿por qué no tembláis?



Cuéntase que cuando el maestro Verdi comenzó á darse á conocer con sus primeras óperas, hallándose un día en el ensayo de una de sus obras, cuya orquesta dirigía él mismo, observó más de una vez que el que tocaba el contrabajo no hacía más que quitarse el sombrero y hacer reverencias y saludos. Cansado de tanta insistencia, preguntóle:

—Señor contrabajo, ¿queréis decirme qué significan esos frecuentes saludos con que llamáis mi atención á cada instante?

—Señor, creo que es urbanidad y cortesía saludar á los amigos y conocidos cuando se ven en cualquiera parte, y como á cada instante veo y oigo en vuestra obra trozos y pasajes de otras óperas, que me son muy conocidos, me quito el sombrero y los saludo.



Un individuo se presenta á exámenes en un Instituto, con objeto de incorporarse á él.

—¿Con quién confina por el Este la Península Ibérica? Preguntó el examinador.

—Con el mar Negro.

—¿Y por el Oeste?

—Con el mar Océano glacial antártico. (Uno de los examinadores se desmaya.)

—La capital de una de las naciones de las que forman la Península Ibérica es Madrid; y la capital de la vecina, ¿cómo se llama?

—Pekin.

—Pasemos á historia.—¿Qué hay de notable en el reinado de Carlos I de España, V de Alemania?

—Nada, que cansado de la vida se metió en un convento, casándose con una monja. (Al bedel que está en la puerta se le cae un diente.)

—¿Quién sucedió en el trono á Carlos I?

—Ataulfo. (Se le declara la rabia á un perro que está en la portería.)

Basta de matemáticas.



Un aldeano miraba receloso una peseta, que en balde con mano inquieta de continuo restregaba; á un jurista que pasaba preguntó el hombre sencillo si era buena, y el muy pillo, con malicia nada culta, en pago de la consulta se la metió en el bolsillo.

Estaban afeitando á un señor, y tan bárbaramente lo afeitaban, que preguntó al barbero:

—Hombre, ¿usted afeita ó desuella?

—¿Por qué lo decía usted?

—Porque si lo primero, afeita usted bestialmente; y si lo segundo, desuella usted con mucha suavidad.



Varios amigos que comían juntos en una fonda, armaban un ruido infernal.

Llegó un filósofo y tomó asiento en la mesa inmediata.

El bullicio continuaba, hasta que el filósofo dijo:

—Señores, tengan ustedes la bondad de no meter tanta bulla, porque no sé lo que como.



Había en cierto pueblo un joven muy aficionado á aparentar lo que no tenía. Una vez tuvo que ir á otro lugar cercano, y para que se figurasen que iba á caballo, pidió prestadas á un amigo unas botas de montar y un látigo, y se fué *pédibus* andando hasta allí. Al llegar empezó á chasquear el látigo cual si acabase de desmontar. Pero figúrense ustedes cómo se quedaría nuestro hombre al oír al alcalde un *¡daos preso!*, y verse cogido por dos alguaciles.

—¿Por qué me he de dar preso?—preguntó.

—Porque las señas de usted convienen exactamente con las de uno que acaba de atropellar á un chico del pueblo.



Un caballero de industria decía á un cofrade suyo:

—Chico, es precioso el alfiler que llevas en la corbata.

—¿Te gusta?

—Mucho. ¿Se puede saber su valor?

—Hombre, no te lo puedo decir, porque cuando lo tomé no había nadie en la tienda.



Augusto tenía un gran placer en ir donde le convidaban, cualquiera que fuera el que le invitase.

Cierto día le convidó un hombre que dió una comida muy frugal. Tuvo que contentarse Augusto, pero al salir le dijo:

—No creí que fuésemos tan amigos.



Hace algún tiempo despidió un ama de casa á su criada por haber averiguado que ésta mantenía á costa suya á un cabo de cazadores.

Pagó su salario á la criada, y ésta, después de contarle, arrojó una peseta al perro de la casa.

—¿Qué significa eso?—preguntó sorprendida el ama.

—Señora, yo á nadie le quedo á deber nada,—contestó la del cabo dicho;— el perro es quien hace seis meses me limpia los platos..... y le pago.

CHARADA

Hoy no tengo *cuarta dos* para hacer esta charada, es decir, que estoy más duro que una *tres prima* de Malta, lo atribuyo á que me han dicho que á *tres dos* iré mañana y sin duda la alegría á mis sentidos embarga... Querido lector le invito, le ofrezco de buena gana... hoy dormirá en *prima dos* mañana en el *todo* y gracias.

MORENO.

CRUZ

. . .
. . .
. . .
. . .
. . .
. . .

Substituir los puntos por letras, de modo que se lea vertical y horizontalmente: 1.º, parte del mundo, y 2.º, Nación de la misma parte.

K. MARÁ.

Pajarita numérica

6 5 6 0 1 9 5
9 5 6 7 9 0
5 4 2 8 7
6 0 6 5
6 2 1 2 5
9 2 4 7 8 9 0
6 5 1 5 6 7 1 2 7
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0
4 2 8 5 4 4 7 3 2 7
1 2 9 4 5 3 0 8 5
3 7 4 3 7 1 9 7
0 1 9 4 0 3 5

Léase 1.ª línea horizontal, tiempo dado; segunda, un fruto; 3.ª, una secreción fisiológica; cuarta, un adjetivo; 5.ª, una substancia química; sexta, un participio activo; 7.ª, cualidad de los alienados; 8.ª, émulo del diablo; 9.ª, una enfermedad ó síntoma en alguna otra; 10.ª, un cuerpo simple; 11.ª, región interna del organismo; 12.ª, tiempo de verbo.

MARÍA DEL PILAR

Jeroglífico Comprimido

PASA SE $\frac{TI}{DA}$

A. SÁNCHEZ CARRERE.

Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 8 9	Nombre de varón.
2 3 9 6 1 8 7 9	» » »
2 3 5 6 7 8 9	» » »
2 3 9 6 9 8	» » mujer.
3 2 3 6 1	» » »
2 3 9 6	» » varón.
2 6 5	» » mujer.
3 2	Artículo.
4	Consonante.

K. MARÁ.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS: Rapaza. — Mora. — Lope.

COPA DE ESTRELLAS:

m u l a
p e r ú
c a r r o
t o r o
e n
q
p e c h o

} el que mucho corre, pronto para.

LOGOGRIFO: Escribano.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Leocadia.

ROMBO:
A
I B O
A B A J O
O J O
O

Correspondencia

Mari Julia. — Aprovecharé algunos de esos suspiros. No digo cuándo.

Mac-Kinley. — Lo guardo en cartera, á ver si puedo con ciertas correcciones ser indulgente. No respondo. Me parece que si se esforzara usted, algo mejor haría.

M. S. R. — Vamos á ver: no se fijan los ojos con los ojos, aunque los poetas digan muchas veces que los ojos son puntitas de alfiler. No les crea; se pasan de listos... y de guasones.

Otra cosa: *comprarlo, impidieron, tampoco*, son tres palabras que se dan de bofetadas con la regla que dispone que antes de *p* se ponga *m*. Al adverbio *ayer* le cuelga usted una *h* inútil. *Tan poco* no es lo mismo que *tampoco*, aunque se lo jure un académico. *Vidtimas* no es nada en tierra de garbanzos.

¡Pero hombre, por Dios! Les da á ustedes por escribir cuentos pasados de moda, y desconocen hasta las más elementales reglas ortográficas. Cuando yo tenía siete años sabía perfectamente todo eso.

X. A. B. — Sí, señor; me gusta ser considerado con los que principian á *recorrer el abrojososo camino*, pero crea usted que debería aconsejar que no pasaran de los linderos, porque los abrojos... pinchan. En fin, si usted jura que es el primer soneto, no está del todo mal, pero no acaba de gustarme. No empiece usted por artificio tan difícil.

Salmanasar. — «Nos fuimos donde había espeso follaje para que no nos vieran ni *espiasen*. Al cabo de una hora...»

No sigamos, que escribe usted *iva* y va á desafinar. ¡Vaya, que resulta usted un conquistador muy tuno!

G. V. Z. — Díceme usted, señor, que es usted un estudiante de primer año, muy modosito y aplicado, y que en el Instituto y en el pueblo le creen destinado á grandes cosas. Bástame su palabra y me permito darle un consejo. Refrene los vuelos de la fantasía y déjese por ahora de versos, porque de estudiante bueno pasará usted á estudiante malo. Hacer versos y jugar á carambolas suele ser la perdición para muchos honrados hijos de familia. Puesto que está usted de vacaciones, dedíquese á la caza, que es ejercicio sano y saludable.

López. — No me gustan los libros de caballería.

A. S. — Gerona. — ¿Has recibido mi carta? Puse señas que me dejastes.


Tun tun. — Yo decía: pero señor, ¿por qué será que sudo tanto este verano? Y es que me tienen ustedes frito en fuerza de disparates.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonno, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA
Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por DOS REALES la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más ha contribuído á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando DOS REALES más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, SOR TERESA Ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO y LA VIDA ES SUEÑO.